

Persiflage

Gissing mete su cuchara en la olla podrida de los Libros de Lectura

= Colaboración directa =

Al Profesor de Estado don *Moisés Vincenzi*, porque los almanaques que ha publicado para lectura de los niños de escuela superan a los que se importan.

En una de sus cartas a Atico, Cicerón nos cuenta cómo cierta fiesta pública romana no pudo celebrarse porque quien debía presidirla, el gran patricio Memmio, estaba ocupado en enseñarle eróticos misterios a la esposa de M. Lúculo, el hombre de los grandes banquetes. «El nuevo Menelao—dice Cicerón—, ha tomado a mal la cosa y ha repudiado a su Helena». Antes de coronar a M. Lúculo, Memmio había requerido de amores a la hija de Gayo Julio César, esposa de Pompeyo. La decorosa Julia cometió la indiscreción de contárselo a su marido, y de mostrarle la carta en que Memmio le proponía impúdicos deleites. Descendiente de una de las familias más ilustres de Roma, hijo y sobrino de oradores insignes, acostumbrado desde su juventud a intervenir en la política, gran señor en todo sentido, Memmio, al ser nombrado Gobernador de la Bitynia llevó a su corte al gramático Nicias y al poeta Catulo, dándose el lujo, fastuoso en toda época, de rodearse de literatos de fama. Además de don Juan, fué cuestor, fué pretor; César lo acusó de mal gobierno en Bitynia, y él se defendió con fogosidad y virulencia dejándonos un retrato de Gayo Julio en el que podemos ver todas sus verrugas morales. Enemigo de L. Lúculo, lo acusó queriendo impedirle el triunfo merecido por vencer a Mitrídates. Más tarde aspiró al consulado, con tan mala suerte que, habiéndosele probado que empleó el soborno, fué desterrado. Amante de la literatura y del arte griegos, que estaban de moda en su mundo, se estableció en Atenas; escribió versos «abundantes en licencias no siempre poéticas», y murió de cierto mal que antes le paralizó la mitad de la cara.

A ese personaje le dedicó Lucrecio su poema *De rerum Natura*.

Memmio era amigo del poeta. Amigo, que no favorecedor. No sé qué tiene el servilismo, aún cuando se revista de nobles formas, que da asco. Mecenas no es individuo grato, y mucho desmerecen sus favorecidos Virgilio y Horacio, por los loores que le cantan. Su grandeza de poetas viene a menos en cuanto recordamos las miradas de gratitud, virtud perruna, con que seguirían todo gesto de su huésped sentados a su mesa y llenándose la panza de su pan y de su vino. La glorificación que hacen de Roma tampoco me entusiasma. Horacio y Virgilio no eran romanos; no se habían amamantado en la ubre de la loba; leche de vaca de provincia había satisfecho su hambre de recién nacidos. Roma los deslumbraba. Uno siente que eran inferiores a ella. Y entonces nos disgustan como nos disgusta en Darío, que no tenía un pelo de francés, el elogio continuo que hace de la cara Lutecia. Del nicaragüense sabemos, dicho por él mismo en su autobiografía, que en París

vivía fuera de París, sin roce íntimo con nadie del mundo literario de allí; inapreciado. Ropa prestada parece el amor a Francia que finge en sus versos. Porque, en el fondo, no amaba a Francia, no amaba a París. Cariños tuvo, muy hondos, por lo suyo. Pero la presunción, rasgo característico de su escuela literaria, lo llevó a ponerse un afrancesamiento artificial, a afectar afrancesamiento; pero nunca fué afrancesado: poeta ninguno ha sido tan castellano en el habla, poeta ninguno ha sido psicológicamente tan hispanoamericano del trópico. «Con Hugo fuerte y con Verlaine ambiguo» es farsa y literatura y comedia. Su fuerza no era con Hugo sino con Lope, más fuerte que Hugo, y su ambigüedad no con Verlaine sino con Góngora, más ambiguo y de mejor manera que *le pauvre Lélian*. Para querer a Darío hay que perdonarle presunciones. Y se las perdonamos porque es nuestro. Para perdonar a Horacio y a Virgilio hay que sentirlos nuestros. Sólo cuando olvidamos a Mecenas los podemos admirar sin dique a nuestra admiración.

Lucrecio era distinto. A Roma no la elogia: la fustiga. Lucrecio era el favorecedor de Memmio. Lucrecio, estamos seguros, quería reformar que no alabar al patricio, y, patricio él mismo, de la familia de aquella Lucrecia cuya violación por Sexto Tarquino fué motivo inmediato que ocasionó la caída de la monarquía, Lucrecio era benefactor de Memmio que no su protegido. Lucrecio no necesitaba de Memmio. Virgilio y Horacio sí necesitaron de Mecenas. No sé qué glándula tengo entre el enredo de mis tripas que constantemente mana lástima, cuando no desprecio, por aquellos que son necesitados, y odio, odio feroz, contra la necesidad, tan frecuente, de aceptar de grado la condición de necesitado. ¡Quién fuera libre, independiente, soberano, como mi viejo amigo,

Persiles

Heredia, marzo, 1931.

Más libros

Arturo Cancela: <i>Tres relatos porteños...</i>	\$ 5.00
R. W. Emerson: <i>Hombres simbólicos...</i>	4.25
Teresa de la Parra: <i>Ifigenia...</i>	6.00
Victor de Valdivia: <i>El imperio iberoamericano</i>	3.00
Eugenio d'Ors: <i>Hambre y sed de Verdad.</i>	3.50
V. I. Lenin <i>El imperialismo, etapa superior del Capitalismo...</i>	3.50
Pedro Henríquez Ureña: <i>Seis ensayos en busca de nuestra expresión...</i>	4.00
Arturo Capdevila: <i>Apocalipsis de San Lenin</i>	5.00
Const Fedin: <i>Los hermanos.</i> (Novela)..	8.00
Emilio García Gómez: <i>Poemas Arábigos-andaluces</i>	4.50
E. Schwartz: <i>Figuras del mundo antiguo.</i>	3.50
John Reed: <i>Diez días que estremecieron al mundo</i>	3.50

Pídalos al Adm. del Rep. Am.

el sabio Gissing. Es Gissing quien me ha mandado hoy, escritas de su puño y letra, recordadas de memoria por él, que tan excelente memoria tiene, las octavas reales en que Geoffrey Chaucer puso en soberbio inglés la invocación a Venus con que comienza el poema de Lucrecio. Y en larga carta, que algún día publico íntegra, me dice:

«Estoy casi seguro de que en tu Escuela a Lucrecio se le conoce sólo superficialmente. A pesar de que se tiene la creencia de adolecer la educación, en estos pequeños países de América, de demasiado apego a la Literatura, no es a la Literatura a lo que se rinde culto entre vosotros sino al remedo de ella cuya expresión más elocuente hallarás en los almanaques. El grueso de vuestros literatos no son literatos sino almanaqueiros. Y no puede ser de otro modo cuando, desde su más tierna edad, es a literatura de almanaque a lo que se educa el gusto de vuestros niños de escuela.

»Ayer he conocido a una preciosa niña, morena y fina, no mayor de trece años de edad, pero casi una mujer. Está en la época de la vida en que el alma se abre para recibir influencias. El amor es nuevo y precioso para ella. La literatura preciosa y nueva. Concorre a una de las escuelas públicas de San José. Vino a pasar el día con mi fiel Maruxa Castro. ¡Cómo se le iban los ojos, cómo se le iban las manos, por mis libros! Había traído los suyos y le propuse que me los prestara a cambio de los míos que ella quisiera. No sé qué volumen habrá tomado de mis estantes. Yo me puse a leer detenidamente su libro de lectura. ¡Qué mamarracho! Es de un tal Estévez. Me parece criminal el empleo de semejante almanaque en la enseñanza de criaturas como ésta. Hoy mismo envió por los libros de Mantilla de que tú me hablaste. También por el *Lector Americano*. Si es cierto lo que me has dicho, es preciso que emprendas campaña contra el uso de este último y del que me ha hecho conocer el lirio moreno que ayer llenó mi casa de alegría. Bien se ve que los maestros que han escogido esos malos libros jamás, mientras estudiaron en tu Escuela, adquirieron gusto literario ni conocimiento remoto de lo que debe ser la lectura. Creeré que la situación tiene remedio si logras que en tu Escuela se llegue a conocer a Lucrecio. ¿De qué maña te valdrás? ¿Tenéis vosotros en vuestro idioma alguna buena traducción del gran poema?

»Quizas se interesen tus alumnos en Lucrecio si les cuentas lo que de él narra San Jerónimo: que por apurar un filtro que le dió una celosa enamorada suya, enloqueció; que escribió en sus instantes lúcidos, y que a los cuarenta y cuatro años de vivir, por el 50 antes de Cristo, se suicidó. Ello no se debe tener por cierto, aunque lo diga tan gran santo, pero la personalidad del poeta puede intrigar a tus muchachos si saben esas noticias de él».

Hombre de escasos recursos para despertar entusiasmos, si este *Persiflage* no aviva interés en Lucrecio, me doy por vencido. ¿Valdrá la pena enseñar a leer?